

S.S.-F.

D-18

Publicaciones de la Sociedad Económica Numantina
DE AMIGOS DEL PAIS

BIOGRAFIA DEL BENEMÉRITO SORIANO

Don Eusebio García Sanz

POR

Segundo García Romero.

SORIA
Imprenta de E. las Heras
1929

S.S.-F.

D

18

B.P. de Soria



1060264

SS-F D-18

R. 5.246

S.S.-F.

D-18

Publicaciones de la Sociedad Económica Numantina
DE AMIGOS DEL PAIS

BIOGRAFIA DEL BENEMERITO SORIANO

Don Eusebio García Sanz

POR

Segundo García Romero



Trabajo premiado en el concurso de biografías de sorianos ilustres o beneméritos, abierto por la Sociedad Económica Numantina de Amigos del País, el año 1928.

SORIA
Imprenta de E. las Heras
1929

LEMA:

UNION Y CARIDAD

La Económica Numantina de Amigos del País, quiere enaltecer el nombre de aquellos hijos ilustres de la provincia de Soria, cuya vida pueda considerarse ejemplar, en alguna de sus múltiples facetas.

Plácemes merece tal iniciativa, pues es deber de todo pueblo destacar sus valores más excelsos y despertar en los individuos, al mismo tiempo que un sentimiento admirativo, el deseo de constante superación para aproximarse, cuanto más mejor, con su vida y sus obras, a la vida y obras de aquellos que pueden erigirse en modelos, dignos de imitarse y seguirse.

Uno de estos hombres, ilustre hijo de Soria, quiero presentar a la pública admiración; empeño difícil para quien traza estas líneas, pero ha de disculpárseme tal atrevimiento, convencido como estoy de que la figura de don Eusebio García Sanz no necesita elocuentes panegiristas, porque sus obras superan en elocuencia a cuanto, con galana pluma, de él pudiera escribirse. Bastará, pues, que se fije la atención del lector, en alguna de sus iniciativas principales para que, a pesar de mi pluma inhábil, no avezada a dirigirse al público, despierte en él, simpatía por la vida y obra de mi biografiado.

D. Eusebio García Sanz nació en el Royo el año 1858. Su padre, don Celestino, desempeñó durante 40 años, el cargo de Secretario del Ayuntamiento en el citado pueblo, conquistando en su dilatada vida profesional, el respeto y cariño de cuantos le conocieron.

Muy joven, emigró a la República Argentina, en cuya capital, Buenos Aires, trabajó desde su llegada, ingresando en la casa Comercial de los señores «Carretero, García y Cía». Transcurridos algunos años, su gran amor al trabajo y sus hábitos de ahorro, le permitieron independizarse y se unió a los Sres. Lapuente, también sorianos, formando nueva Sociedad, con la firma de «García Lapuente y Cía» sucesora de «Carretero, García y Cía», quedando instalada en un edificio ad hoc, que D. Eusebio planeó y dibujó con todo detalle.

Es digno de anotarse que, no habiendo recibido sino una instrucción elementalísima en la escuelita de El Royo, su ingenio y su voluntad fuerte, se

manifestaron elocuentemente en multitud de trabajos que ejecutó, siendo niño, sobresaliendo entre todos ellos, la construcción de un reloj de madera que marchaba con regularidad y que constituía una verdadera maravilla mecánica.

Sentía gran predilección por el dibujo y sin otro maestro que la Naturaleza, ni otros modelos que los que la realidad ofrecía sin cesar a sus ojos, bien atentos, llegó a dominarlo y sus trabajos se creían obra de un consumado delineante.

Años después, se desligó de sus socios, para fundar otra casa, que empezó también por dibujar y construir y unido a personas de su familia, surgió la firma de «Eusebio García y Cía», Registro y Ropería, donde trabajó todo el tiempo que aún hubo de permanecer en Buenos Aires.

No es mi objeto seguir, paso a paso, la vida de D. Eusebio, comerciante en la Argentina; bastará anotar, como resumen de su actuación ejemplar, que siempre tendió su mano generosa, en auxilio de quien solicitó su apoyo. Concedió dinero, crédito, cuanto podía otorgar, especialmente a sus paisanos, que llegaron a sentir por él veneración sin límites. Buena prueba de ello está en el hecho de ser designado, con mucha frecuencia, árbitro para resolver las diferencias surgidas entre los socios de una misma casa comercial.

No satisfecho con prodigar beneficios y favores en el círculo de sus paisanos, y deseando extender su actuación a todos los emigrados españoles, al mismo tiempo que respondía a las excitaciones y exigencias de éstos, formó en las filas de cuantas asociaciones tendían a proteger, amparar o mejorar la condición de los hijos ausentes de España. Figuró en todas ellas, trabajó en su seno activamente y llegó a ocupar cargos en las Directivas de algunas de dichas instituciones.

Por ser sobradamente conocidas sus finalidades, las omito aquí: la Asociación Patriótica española, la Sociedad de Socorros mutuos (en la que desempeñó el cargo de tesorero), el Hospital Español (sostenía en él cinco camas), el Club español y el Banco Español del Río de la Plata, del que fué consejero son otras tantas instituciones desde las que D. Eusebio realizó, fiel a la consigna de toda su vida, el mayor bien posible a sus semejantes, primero a sus paisanos de la patria chica y después a sus paisanos de la patria grande.

Pero su labor en beneficio de los demás, culmina en la fundación de la Sociedad Filantrópica de El Royo y Derroñadas; acontecimiento de enorme trascendencia para ambos pueblos y aún podría afirmarse sin hipérbole, para la provincia de Soria.

A D. Eusebio se debe la iniciativa, el vigoroso impulso inicial y el encauzamiento de ese movimiento filantrópico que ha transformado estos rincones y que ha servido de pauta a distintas agrupaciones análogas, que surgieron después en la República del Plata, integradas por emigrantes de diversos pueblos sorianos.

Del acta de fundación de la Filantrópica de El Royo y Derroñadas copio las primeras líneas que dicen así: «En Buenos Aires, a veintiseis de Febrero de mil ochocientos noventa y nueve, convocados por D. Eusebio García, nos reunimos los abajo firmantes, en el local de los Sres. Saéñz Durán y Compañía, calle de Rivadavia, 850. Manifestó el Sr. García que nos había invitado a reunirnos, con la idea de someter a nuestra aprobación, el proyecto de fundar una sociedad filantrópica, en beneficio de nuestros pueblos, El Royo y Derroñadas, y también el proyecto de Reglamento que ha confeccionado y que ha de regirla. Habiendo sido acogida la idea unánimemente y con gran entusiasmo por todos los concurrentes, el Sr. García dió lectura a su proyecto de Reglamento, que después de ser cuidadosamente observado y discutido, artículo por artículo, fué aprobado con pequeñas enmiendas, constando de 40 artículos y 12 incisos.

El artículo 19 del Reglamento dice así: «Los fines de esta sociedad son:

Dar inversión conveniente cada año a los fondos reunidos, en obras de utilidad, de embellecimiento y de recreo en los pueblos de El Royo y Derroñadas; acudir con preferencia a socorrer cualquier desgracia o calamidad de carácter público, como ser las que provienen de inundación epidemia, incendio o de cualquier otra naturaleza que de tal se califique. También se prestará atención preferente, en cuanto lo permita la índole y recursos de nuestra asociación, al perfeccionamiento y fomento de la instrucción primaria».

Del artículo 20 son estas líneas: «...Los Delegados tendrán su residencia en El Royo o Derroñadas, a fin de que conozcan las necesidades de ambos pueblos, es decir, que desempeñarán las funciones de consejeros» y del 31 las siguientes: «Si llegara el caso de la disolución de la Sociedad y ésta tuviese fondos, canceladas sus deudas, si las hubiere, se girará el resto a la orden de los Delegados y a beneficio de las escuelas de El Royo, y si se estableciesen escuelas en Derroñadas, a beneficio de unas y otras». Su primer presidente, D. Olegario Saenz, nacido en Ortigosa de Cameros, fué y sigue siendo uno de los más firmes puntales de la Filantrópica de Derroñadas.

Consiguió, pues, D. Eusebio, asistido de valiosísimos colaboradores, que en su mayoría viven y a quienes no cito, por temor a incurrir en involuntarias omisiones, la unión sagrada de las voluntades y los corazones, sin renegar de las cosas que nos dividen, que deben dividirnos, pero reconociendo todos que más altas que las tendencias individuales o de grupo están aquellos grandes principios y sentimientos en que todos podemos encontrarnos y coincidir. Los hijos de El Royo y Derroñadas, socios de la Filantrópica y aquéllos que, sin nacer en estos pueblecitos se inscribieron en sus listas (acción doblemente meritoria) contribuyeron a formar un noble ambiente de concordia regional y colaboraron unánimes, con espíritu de transigencia y de tolerancia, en el mejoramiento de las condiciones de la vida en estos lugares y en la elevación de la cultura de sus habitantes.

Se han transformado en magníficas avenidas, amplias carreteras y espa-



ciosas plazoletas las pésimas calles y sucios rincones que aquí existían, para cuya conservación se sostiene, con carácter permanente, un caminero: tiene El Rojo en sus principales calles moderno alcantarillado; se han construido fuentes y lavaderos públicos que ofrecen la máxima comodidad y para recreo de todos, un magnífico juego de pelota. Se hacen todos los años plantaciones de árboles y en todo momento y por todos los medios a su alcance, está la Filantrópica alerta para lograr la más perfecta higienización y el embellecimiento progresivo de estos lugares. Preocupación esencial suya constituye la escuela primaria y para demostrarlo concede anualmente premios a todos los niños que a ella asisten y ha distribuido, en pasados cursos, máquinas de escribir y coser, en los distintos centros de enseñanza, aquí existentes.

Recientemente, ha concedido la Sociedad de El Rojo, una subvención de diez mil pesetas, para la proyectada Casa de Ayuntamiento y ambas Sociedades hermanas, estudian en estos momentos la posibilidad de ejecución de un magno proyecto, acariciado por todos hace largo tiempo: la traída de aguas, con verdadera abundancia, del río Razón, para llevar a todos los hogares que lo deseen el agua corriente y a las fuentes públicas el mayor caudal factible.

Pues bien, todo esto y mucho más, que sería prolijo enumerar aquí, se debe en primer término, a la mente clara y al corazón generoso de D. Eusebio García, asistido repito, de valiosos colaboradores y a los que, después, han seguido y siguen con entusiasmo el cauce por él abierto, para canalizar los deseos de hacer bien a sus paisanos, que él sintiera con más fervor que nadie.

Independientemente de esa labor, ligeramente reseñada en anteriores líneas, realizó D. Eusebio otra, fecundísima en beneficios para esta provincia, y de la que he de destacar lo que considero más digno de divulgación. Soñaba también, como el santo pedagogo de Zurich, con «cegar las fuentes de la miseria en que veía a su alrededor sumido al pueblo, no para hacer de las ciencias un juguete falaz de la pobreza que necesita pan, sino para librar a esta pobreza, mediante los primeros fundamentos de la verdad y de la sabiduría, del riesgo de ser el juguete desdichado, tanto de su propia ignorancia, como de la astucia de los demás». No quiso otra cosa, en su vida, más que la felicidad del pueblo a quien amó y cuya miseria sintió como pocos la han sentido,

Para dar forma práctica a sus bellos sueños pensó, viviendo todavía en Buenos Aires, construir en El Rojo un edificio destinado a casa de Ayuntamiento y otros dos, para escuelas de niños y niñas.

Regresó al pueblo de sus amores y cambiando impresiones con su hermano D. Hermenegildo (que, dicho sea de paso, ocupará siempre lugar preeminente en toda relación de sorianos ilustres) convinieron ambos realizar conjuntamente el plan ideado por D. Hermenegildo, que anhelaba también alguna gran obra, en beneficio de esta región.

Y esta gran obra, fué un hermosísimo edificio, destinado a Colegio de niños, en el que invirtieron más de cien mil pesetas y donde reciben instrucción elemental gratuita, todos los niños que así lo desean de El Rojo. Derronadas.

Vilviestre, Langosto e Hinojosa, instrucción confiada a religiosos Marianistas.

Pasados algunos años, realizó D. Eusebio, importantísima ampliación del edificio que hoy está dotado, en el aspecto higiénico, de cuanto pueda apetecer el más exigente; esta obra adicional costó unas cincuenta mil pesetas y el sostenimiento del Colegio, desde su fundación, es obra de los dos hermanos García.

La enseñanza, como queda indicado, comprende todo el programa de una escuela primaria, con adición de los idiomas francés e inglés, consagrando especial atención a la Mecanografía, Aritmética, Contabilidad y Correspondencia mercantiles, a todo aquello en suma, que pueda conducir a la mejor preparación para el comercio de los alumnos, futuros emigrantes en su mayoría.

No menos importante que esta fundación, es la llamada «Asilo para ancianos» en Derroñadas, idea sugerida a D. Eusebio por su esposa D.^a Manuela Verde, fallecida prematuramente, y en cuya tumba podría grabarse, haciéndosele debida justicia, la inscripción que figura en la de otra santa mujer, compañera del pedagogo antes aludido: «Asociada durante toda su vida a la obra filantrópica de su marido, deja tras de sí, una memoria bendita y venerada.»

A veinte pasos de la señorial mansión, en que residía el matrimonio en Derroñadas, y paseando por los prados que circundaban la casa, pronunció D.^a Manuela, éstas o parecidas palabras: «¡Qué hermoso sitio éste, para levantar un gran edificio, que sea el hogar donde terminen sus días, los pobrecitos ancianos de estos pueblos, que carezcan de recursos y, acaso, de familia que pueda atenderlos!» No fué preciso más, para que D. Eusebio, que adoraba a su esposa, acariciase desde aquel momento la realización de su anhelo y con verdadero fervor consagró el resto de su vida a convertir aquel magno proyecto en realidad.

El planeó el soberbio edificio, pasó muchas horas inclinado sobre el papel, trazando líneas y más líneas, dirigió su construcción y no tuvo la fortuna de verlo terminado. Pero, se cuidó muy bien en su testamento de disponer su completa ejecución y de asegurar su vida. Se han invertido en esta obra más de doscientas cincuenta mil pesetas, y para su sostenimiento destinó don Eusebio un capital, cuya renta es superior a catorce mil pesetas anuales.

En un pabellón del monumental edificio, funciona un Colegio de niñas, a cargo de las mismas religiosas (hijas de la Caridad de San Vicente de Paul) que cuidan a los ancianitos y que ha sido instituido y asegurado su sostenimiento, con una renta de seis mil pesetas anuales, por el benemérito hermano del biografiado D. Hermenegildo, ansioso de completar su labor en beneficio de la educación de la niñez y teniendo en cuenta que Derroñadas carecía de escuelas. En dicho Colegio se piensa intensificar la preparación de las niñas para la vida del hogar, concediendo amplio espacio a todas las enseñanzas

que tiendan a la capacitación más completa de las futuras amas de casa, en aquellas funciones que les son propias.

Sería interminable la relación de obras que, en provecho de esta comarca, ocuparon la atención de D. Eusebio y en las que invirtió la mayor parte de su fortuna, ganada con su esfuerzo en las tierras del Plata y acrecentada notablemente por el prodigioso aumento del valor de la tierra, en aquella joven y próspera República.

Haré una rápida enumeración de alguna de ellas: construcción de un cementerio, con todos los anejos y condiciones que la legislación moderna prescribe y de una casa para el párroco en Derroñadas; arreglo del atrio de la iglesia de El Royo y concesión de importantes donativos para ampliación y mejora del cementerio y obras de reparación en la ermita del Castillo del mismo pueblo

Soria, la capital, fué favorecida con muchos y cuantiosos donativos a sus instituciones benéficas; con la instalación de las Siervas de Jesús (obra en la que colaboró muy eficazmente y que subvencionó con 1.500 pesetas anuales, a perpetuidad) y el Colegio de los Franciscanos, a quienes donó la casa que ocupan, contribuyendo también a su sostenimiento, con la condición de que en el mismo se reserven determinado número de plazas gratuitas para niños pobres.

Las Instituciones benéficas de Madrid, donde residía D. Eusebio la temporada de invierno, una vez repatriado, recibieron sus frecuentes visitas y su importante ayuda económica, que en un caso concreto y con una finalidad social, se elevó a la suma de 60.000 pesetas.

Para varios legados, de carácter benéfico-social, incluyó en su testamento una partida de doscientas cincuenta mil pesetas.

Y no ya solamente de Soria y Madrid, sino de los más apartados rincones de España, llovían al bueno de D. Eusebio, cuya ternura sin límites y caridad inagotable eran conocidas muy lejos de su tierra, peticiones de auxilio para hacer frente a dificultades de orden diverso y jamás negó su apoyo, mayor o menor, a cuantos a él se dirigieron. No habrá leído nadie, sin embargo, su nombre en las listas que para satisfacer la vanidad de muchos, aparecen con frecuencia en la prensa, informándonos de quiénes son y en qué proporción los que contribuyen a la realización de cualquier obra, más o menos beneficiosa para la comunidad. «Su mano derecha ignoraba lo que daba la izquierda»; la abría ampliamente, generosamente, para llevar en ella el auxilio que mitigaría muchas penas, pero la oprimía con fuerza sobre la mano del desvalido, ocultando la limosna a los ojos de los curiosos y a los de los protagonistas y transmitiendo en aquel apretón toda la efusión de su alma, toda la ternura de que estaba henchido su corazón, que tanto anhelaba la compañía de los humildes, de los indigentes, de los desgraciados.

Y no considero, precisamente, lo más loable de su conducta, el ejercicio de la caridad, en forma de donativo de unas pesetas, acción meritoria, desde

luego; pero que no reviste un valor excepcional, si se poseen en cantidad superior a la precisa para satisfacción de las necesidades.

D. Eusebio entregaba donativos a los pobres y hacía algo más que eso: recibía en su casa con todo afecto, y escuchaba de labios de los desgraciados que hasta él llegaban, el relato de sus dolores y miserias y para todos tenía palabras de aliento y consuelo. Trataba de mitigar el dolor que sentía a su alrededor, con el bálsamo de sus palabras y sus consejos, con su voz dulce y acariciadora, con su sonrisa que despertaba tanta simpatía.

Y esto lo hacía él, minada la salud de su cuerpo por terrible dolencia que, en plena juventud y hasta la hora de su muerte, le avisaba casi sin intermitencias, que el dolor físico sería su inseparable compañero; él a quien la Parca arrebató su gran amor, cuando más lo necesitaba, abriendo al decretar la muerte de su santa compañera, una herida que jamás habría de cicatrizar.

Quien escribe estas líneas, le acompañó más de una vez en alguna de sus visitas más amadas: las que hacía al Asilo de San Rafael en Madrid. Era un cuadro conmovedor ver a D. Eusebio en el centro de un amplio patio de juegos, repartiendo sonrisas, palabras llenas de ternura y *almendras o peladillas* de casa de Mira, a una legión de desheredados de la fortuna, a grupos de niños cojos, mancos, raquíticos, jorobados, enormemente defectuosos, que llegaban hasta él, en algunos casos, arrastrándose o empujados en sus cochecitos.

Y en medio de aquella humanidad doliente, fruto muchas veces, de los vicios, abandono, miseria de los padres y del olvido en que la sociedad tiene sus más esenciales funciones, pasaba D. Eusebio muchas tardes madrileñas.

Podría llenar muchas cuartillas recogiendo anécdotas, rasgos que ayudasen a completar esta desaliñada biografía, pero elegiré una sola que demuestra cuán difícil, o acaso imposible, resultaba arrancar de labios de D. Eusebio, una palabra de mortificación para sus semejantes, sobre todo si éstos eran humildes. Refiriéndose concretamente a los obreros que trabajaban en el Asilo, cuyas obras según queda dicho, dirigió hasta su muerte, alguien le dijo un buen día: «Oiga Vd. esos obreros que tiene ahí son unos granujas; en tanto que Vd. mira trabajan febrilmente, da media vuelta y ya los tiene de brazos cruzados para un rato». Y cuando, acaso, esperase su interlocutor una frase de condenación o algo peor, indagación y despido del holgazán, D. Eusebio respondió así: «¿Y qué quieres, hijo? Me he hecho a la idea de que una vez puesta la primera piedra de la obra, estoy manteniendo asilados». D. Eusebio era el céfiro que desarma el recelo y la envidia con la benevolencia que por doquiera distribuía.

Este hombre ejemplar, cuya vida fué una lección constante, de la que todos necesitamos aprender algo, enfermo desde su juventud (con úlcera cancerosa en el estómago) murió en la plena madurez de su vida, a los 56 años, el día 20 de mayo de 1914, en Madrid.

Su vida fué un alto ejemplo de moral; ni aún en los momentos más graves de su enfermedad perdió su sonrisa de bondad; su alma serena esperaba la

muerte con tranquilidad. Su muerte fué dulce y silenciosa, fiel espejo de como había vivido.

Momentos antes de morir, quiso despedirse de sus familiares; las breves frases que me dirigió en aquel supremo instante y que comenzaron con un «Sé bueno...» y se cerraron con un «adiós» apenas perceptible, quedaron grabadas en mi conciencia con caracteres imborrables.

Salí de la estancia donde agonizaba aquel hombre, cuya bondad rayó en los linderos de la santidad, sin poder contener mi emoción y recordé la frase que leí, días antes, aludiendo a la muerte tranquila de otro bienhechor de la humanidad: «Sonríe al angel que viene a buscarle».

Sus restos, en unión de los de su esposa, yacen en la capilla del cementerio de Derroñadas; sobre la losa que los cubre, podría grabarse esta inscripción: «Aquí yace un hombre que vivió 56 años, no en su provecho, sino en el del bien común. Pasajero, si buscas su monumento, sal de este recinto y mira alrededor».

Este es el hombre cuya vida juzgo digna de conocerse e imitarse. El valor de un hombre debe estimarse por sus actos y no por sus riquezas. Con razón decía Voltaire que sólo eran grandes hombres los bienhechores del linaje humano. No merecen la corona de honor los fracasados y ciertamente fracasa el que sólo vive para comer, beber y ganar dinero. La sociedad no obtiene beneficio alguno de su vida, porque jamás enjugó una lágrima, ni reanimó un hogar desmantelado y frío. Su corazón no tiene más dios que el oro. El hombre que emplea su tiempo, su energía, su vida si es preciso, por algo que no sea él mismo, por su país, su bandera, o sus conciudadanos cumple una obra mucho más cristiana que el asceta con sus mortificaciones.

La Sociedad filantrópica de El Royo y Derroñadas, quiso rendir público testimonio de admiración a su fundador y colocó una hermosa lápida de bronce con el busto en relieve de D. Eusebio y cariñosa dedicatoria, sobre la puerta principal del Asilo-Colegio de Derroñadas.

Estos días, en que trazo las precedentes líneas, la antedicha Sociedad ha acordado emplazar el monumento proyectado (recogiendo la iniciativa de uno de sus más entusiastas afiliados) para perpetuar la memoria de D. Eusebio, frente al Colegio de El Royo. Ya está hecho el busto en bronce, que se colocará sobre un sencillo pedestal. En torno de él crecerán flores, muchas flores, que convertirán la plazoleta en que ha de levantarse, en un bello rincón.

No necesitaba D. Eusebio monumento; dejó dicho que no hay sino extender la vista por estos lugares y los encontramos soberbios en su honor: sus obras. Pero..... bien hecho está; aplaudo la iniciativa y la ejecución, que ya es inmediata.

¡D. Eusebio no ha muerto!

Vivir en el corazón de la posteridad no es morir.

Junio de 1928.



